



ISBN: 978-607-02-0743-3

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones
sobre la Universidad y la Educación

www.iiue.unam.mx/libros

Luis Tamayo (2011)

“El papel del tutor en el encuentro con el objeto de
deseo de saber”

en *Tutoría y mediación I*,

Patricia Ducoing (coord.),

IIUE-UNAM, México, pp. 125-140.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

5. EL PAPEL DEL TUTOR EN EL ENCUENTRO CON EL OBJETO DE DESEO DE SABER

*Luis Tamayo**

Denken ist die Einschränkung auf einen
Gedanken, der einst wie ein Stern am
Himmel der Welt stehen bleibt.¹

Auf einen Stern zu gehen, nur dieses.²

M. Heidegger

¿Qué quiere decir ser “tutor” o “director” de la investigación de otro? ¿Cómo puede realizarse una tarea así? ¿Por qué a alguien le da por investigar algo? Para entender a cabalidad la manera como el hombre se encuentra con su objeto de deseo de saber es menester hablar antes un poco de su naturaleza neoténica.

LA NEOTÉNICA NATURALEZA HUMANA

Durante siglos nos han repetido la fórmula aristotélica: “el hombre es un ‘animal racional’”, pero ello es una triste mentira. El hombre apenas da muestras de racionalidad, como recientemente han señalado los científicos del IPCC (Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático). Tampoco es el centro de la creación ni un ente dueño de sus propios pensamientos como indicó Freud. La naturaleza humana, tal y como desde hace una década viene señalando Dany-Robert Dufour, es neoténica, el hombre no sólo es un animal muy poco racional sino que, además, es un neoteno, un “aborto de simio”.

* Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos.

¹ “Pensar es el constreñimiento a un único pensamiento que, como una estrella, permanece en el firmamento” (M. Heidegger, 1986: 41).

² “Ponerse en camino hacia una estrella, sólo eso” (*ibid.*: 41).

Un neoteno, según los biólogos, es un tipo de animal que, como el ajolote, nace, se reproduce y muere sin alcanzar nunca la madurez.

Al respecto hay una historia muy divertida. Y no me refiero a la que narra Cortázar en su cuento sobre el tema, sino a la que se desarrolló durante la ocupación de México denominada "la Intervención francesa", en el siglo **xx**. D. R. Dufour narró en un seminario impartido hace una década en esta ciudad que cuando los agregados científicos de las tropas de ocupación francesas descubrieron a los ajolotes (que sólo existen en los lagos del altiplano mexicano), su atención se encontró fuertemente atraída. Tomaron algunos de ellos y se los llevaron al *Musée des plantes* de París. Sin embargo, a las pocas semanas de tenerlos ahí, en las condiciones de temperatura y presión de la capital francesa, los ajolotes se transformaron en la ya conocida y común en esos lares, "Salamandra atigrada". Tales científicos constataron que el ajolote debe permanecer en su hábitat para conservar su naturaleza neoténica, es decir, para reproducirse y morir como el branquial ajolote, sin transformarse nunca en la aérea salamandra.

Años después, en 1925, el biólogo Louis Bolk sostuvo que el ser humano también era una especie neoténica, y para sostenerlo enumeró una serie importante de rasgos:

Rasgos físicos del neoteno humano neonato:³

- Tabiques cardíacos sin cerrar.
- No sutura del cráneo (mollera). El cráneo humano sólo cierra 20 años después. La curvatura fetal del cráneo, además, se conserva toda la vida y obliga al andar erguido.
- Inmadurez del sistema nervioso (circunvoluciones cerebrales apenas desarrolladas).
- Insuficiencia de los alveolos pulmonares.
- Crecimiento físico insuficiente en comparación con otros mamíferos.
- Carencia de dientes y de movilidad física.
- Ausencia durante toda la vida de hueso peneano.

³ Tomado de Bolk (1926), aunque Kollmann había antes creado el concepto de neotenia (1884) y Darwin había sugerido, en *El origen de las especies*, la posibilidad de que el hombre fuese un neoteno. *Cfr.* Dufour, 1999.

- Vagina girada hacia adelante.
- Vellosidad inefectiva y ridícula.
- Pulgar no oponible en los pies.

Con base en todo ello, Dufour concluye: "El hombre es un ajolote que lo ignora". Y es un neoteno, además, que "neotenziza" a otras especies (no hizo otra cosa cuando transformó al salvaje lobo en el sumiso perro) y que constantemente se configura prótesis para subsanar sus limitados órganos sensoriales y locomotores.

El hombre, en tanto neoteno: nace, se reproduce y muere inmaduro..., salvo que encuentre el ambiente adecuado para emerger de su inmadurez.

En tanto neoteno, el hombre no sabe lo que quiere o lo que es, vive con culpa una vida sin sentido, confundido, atado a la monotonía y la avidez de novedades (la moda)... y sufre por ello. Tiene síntomas.

Pero nuestro síntoma es nuestro mejor aliado. El síntoma es un grito de libertad, porta verdad: "Ahí donde crece el peligro también crece lo que salva" cantó Hölderlin. El síntoma es la exigencia del neoteno de madurar, de "pasar a otra cosa".⁴ El neoteno humano desea madurar pero no lo logra siempre, pues hay muchas falsas soluciones.

LAS FALSAS SOLUCIONES A LA NEOTENIA PSÍQUICA

a) *La educación tradicional*

El modelo de la "educación tradicional" (un maestro omnisciente ante un alumno ignorante absoluto) en vez de formar y conducir a la madurez, tan sólo informa, eternizando la neotenia. Pues ¿qué es lo que transmite un docente en la educación tradicional? La respuesta es simple: conocimientos. Desde tal punto de vista, la educación es definida como la *transmisión de conocimientos de una generación a otra*, operación en la cual la primacía la posee la generación precedente.

⁴ Tal es la definición que Jean Allouch (1984: 9) hace de la "Salud mental".

Como bien sabemos, esa concepción ha sido fuertemente criticada por la educación denominada alternativa. Paulo Freire (1980), entre muchos otros, afirmaba que tal educación, denominada por él "bancaria", generaba que el docente se considerase dueño de un saber absoluto, al cual el ignorante alumno debía sólo repetir. Freire mostró que ese modelo educativo conducía a la repetición y acababa con el interés por investigar y la inventiva. A. S. Neill (1986) añadió que esa educación tampoco hacía felices a los hombres. La cuestión llegó a ser tan grave en algunas regiones del globo, que se generaron incluso, escuelas de educación media superior alternativa, a partir del propio deseo de los alumnos, tal como fue el caso del Instituto Experimental de Oslo descrito por Mosse Jörgensen (1980).

El modelo de la educación tradicional establece el vínculo entre un sabio —*sofo/j*— (el maestro) y un ignorante (el alumno), posición incómoda para ambos participantes. Cualquier maestro conoce lo insoportable de la posición de omnisapientia que le produce, entre otros malestares, la bien conocida "angustia ante la primera hora de clase": el maestro no puede dejar de reconocer la hiperexigencia a la cual el modelo tradicional lo somete.

Por otro lado, el alumno sabe lo incómodo de ser considerado un ignorante absoluto, el cual debe simplemente ser sumiso y obediente, un mero repetidor del texto sagrado, tal como lo estableció J. B. Lasalle con su modelo de educación colectiva, es decir, lo que practicaron sus famosas "escuelas de caridad", fundadas a fines del siglo XVIII.⁵

El modelo educativo tradicional funciona bien cuando se trata de transmitir un saber meramente técnico que, como sabemos, no carece de importancia en nuestra sociedad. Sin embargo, cuando se trata de transmitir conocimientos científicos o saberes no claramente establecidos que requieren inventiva y pensamiento libre, cuando se trata de fomentar la investigación, el modelo se revela totalmente insuficiente. Existe, además, un problema adicional. Si algo quedó claro a la humanidad después de la experiencia de las guerras mundiales de occidente

⁵ Cfr. el estudio sobre el modelo educativo de J. B. Lasalle ("El santo pedagogo") publicado por Alain Grosrichard, 1981; véase también: Foucault, 1984.

fue que no hay ninguna garantía de que la generación precedente —la de la definición canónica de la educación mencionada anteriormente— no esté enloquecida y conduzca a la humanidad toda, a la pura y simple destrucción. La Primera y la Segunda guerras mundiales mostraron que no se podía confiar ciegamente en la “generación precedente”.

Prevalece, también, una crítica de orden técnico. Como han mostrado claramente los teóricos de la psicología conductista, el aprendizaje de conocimientos técnicos se realiza de manera más eficiente mientras menor sea el lapso temporal entre la aparición de la respuesta operante y el estímulo reforzador, dicho de otra manera, mientras más rápidamente sea calificado, positiva o negativamente, aquel que está aprendiendo una determinada habilidad, asimilará el conocimiento más rápidamente.

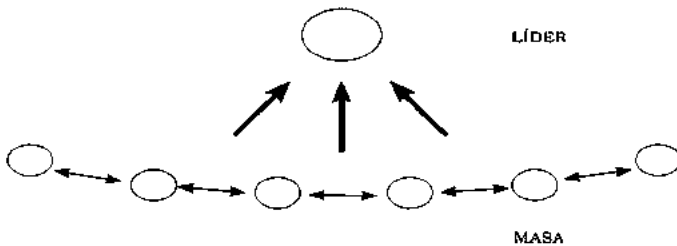
Por esta razón Skinner y compañía propusieron sustituir al docente por una “máquina de enseñar”, la cual reducía prácticamente a cero el tiempo entre la respuesta y el reforzador, mejorando notablemente el aprendizaje de datos. Es decir, que si de aprendizaje de meras técnicas a la manera tradicional se trata, es muchas veces mejor una máquina enseñante que un profesor, el cual puede retardar, incluso varias semanas, la entrega del estímulo reforzador, esto es, del premio o el castigo (la “calificación”) por la conducta realizada.

Por último, volvamos a la reflexión acerca de la posición del maestro tradicional. Como ya dijimos, no es difícil imaginarse lo insoportable y a la vez placentero, de ser ubicado en un lugar de casi omnisapiencia. El maestro, cargado de los blasones del máximo poder/saber distribuye premios y castigos, califica, llega a decir: “diez Dios, nueve yo, ocho los más listos”,⁶ ejemplo que muestra, de manera brutal, el hecho de que el maestro tradicional establece una jerarquía en la cual está muy claro que la función del alumno es parecerse a él (y a “Dios” en consecuencia); como si el maestro pudiese realmente y en todos los casos constituirse en modelo de identificación, como si la “generación precedente” pudiese ser un modelo, para la humanidad, del “cómo hacer bien las cosas”.

⁶ Comunicación presentada por mis alumnos del Colegio de Pedagogía de la UNAM en la última década del siglo xx.

Afortunadamente, como examinaremos más adelante, la educación crítica, orientada por enigmas y que permite la innovación y la creatividad constituye un modelo cada vez más difundido en occidente. Y el papel de tutor, como veremos, es fundamental en su fortalecimiento.

b) Otras soluciones falsas: la religión, la política demagógica y el consumismo



Las religiones, tal y como estableció Freud en su *Psicología de masas y análisis del yo*, al mismo tiempo que, como muestra el esquema anterior, identifica a los neotenos entre sí, los ata a un líder, a un “macho dominante”: Dios. Un Dios interpretado según la opinión de profetas y clérigos y para quienes toda alteración del dogma es herejía o blasfemia y, por tanto, merece persecución. Gran parte de nuestras guerras, como bien sabemos, han encubierto sus rapaces objetivos económicos con el disfraz de la religión.

La política demagógica del neoteno, por otra parte, también se realiza según el modelo descrito por Freud, es decir, aquél donde un líder político y una masa se identifican entre sí gracias al trabajo del líder y donde ninguno de los dos piensa gran cosa. Ambos repiten eslóganes mientras el pueblo se pierde en el abismo.

El neoteno humano, en el fenómeno del consumismo, también reitera el modelo descrito por Freud en su *Psicología de masas*. El neoteno humano “compra para ser”. Eso conduce a la uniformidad y a la aparición de necesidades creadas, de modas. No es diferente ser “totalmente Palacio” a “Dark”... ambos “se visten como”. El signo evidente de la neotenia es “parecer para ser”.

Afortunadamente, desde hace siglos la humanidad ha planteado vías para superar la neotenia psíquica:

- Yoga, Zen y la concepción del mundo meso y áridoamericana.
- La Santidad y la mística.
- El *Übermensch* de Nietzsche.
- La *Gelassenheit* de Heidegger.
- La *epimeleia heautou* que Foucault deriva de la Grecia clásica.
- La *Destitution subjective* de Lacan.

Sin embargo, son muy pocos los iluminados que han logrado superar la neotenia psíquica, pues para sobrevivir con el menor esfuerzo, la enorme mayoría de los neotenos humanos han debido alienarse en el mundo del lenguaje, revisemos esto con cuidado.

ONTOLOGÍA DE LA ENAJENACIÓN

HUMANA: LA VIDA EN UN MUNDO DE PALABRAS

Ese neoteno que somos vive en un mundo de lenguaje. Y, no sobra decirlo, las palabras no son las cosas. La alienación en el mundo de las palabras tiene efectos muy peculiares:

Mundo de las cosas	Mundo de las palabras
Singulares	Universales
Transitorias	Eternas
Menguantes	Uniformes

Como el hombre moderno vive en el mundo de las palabras, cree que puede etiquetar a personas y cosas y, de tal manera, hablar “en general” (en términos de conceptos “universales”). Así, encontramos incontables discursos acerca de la naturaleza de “los hombres” (como si todos fuésemos iguales): “las mujeres” (como si fuesen una sola), “los humanos” (como si no hubiese diferencias), etc. Pensar en tales términos nos permite evitar la angustia derivada de darnos cuenta de que las cosas son singulares y que “haber conocido una mujer no implica cono-

cerlas a todas". La generalización, a la vez que nos produce un falso conocimiento, nos hace perder la singularidad de la cosa... y ello, como manera de autoprotección, pues cuando irrumpe la diferencia en el interior de lo "supuestamente conocido", lo que aparece es la angustia primigenia, la del bebé que no entiende lo que ocurre ni donde se encuentra y, por tanto, sólo puede gritar para que su mamá acuda a salvarlo.

Cuando la cosa (eso que Heidegger y Lacan tematizaron como *das Ding*) asoma su terrible rostro sólo contamos con dos actitudes posibles: la angustia o el asombro. Y ello fundamentalmente ante las cosas "externas", pues la irrupción de las "internas" (pasiones inconfesables, perversiones o enfermedades) sólo puede generar angustia.

Al mundo de las palabras ingresamos gracias a nuestra alienación en el mundo del lenguaje (esa que Lacan (1984: 89ss.) describe en su *Estadio del espejo* como la segunda alienación, consecutiva a la alienación en la imagen del espejo), alienación que nos hace identificarnos con fonemas o rasgos de escritura. Pero nuestro nombre propio no es sino nuestro ticket de entrada al mundo del lenguaje. Somos lenguaje y vivimos para él. Nuestros sueños y anhelos son lenguaje y también muchos de nuestros terrores y obsesiones..., aunque no todos, algunos son reacciones, como ya dijimos, a las irrupciones de "la cosa" (*das Ding*) en nuestro confortable e ilusorio mundo de palabras.

Vivir en el mundo de las palabras nos hace creer en la existencia de la "vida eterna" pues mientras todas las cosas del mundo son transitorias (fallecen o se modifican), las palabras conservan por siempre su lozanía. Las palabras no mueren y como vivimos entre ellas, podemos sacar de nuestra mente la idea de la muerte..., hasta que nos cae encima. Aunque, siendo precisos, debemos decir que, si bien las palabras no mueren, sí puede ocurrir que desaparezcan. Para que una palabra desaparezca es menester que también lo haga la totalidad de la comunidad de sus hablantes. Por tal razón, cuando una palabra desaparece no hay quien sufra su pérdida, pues no hay quien la recuerde.⁷

⁷ Desde mi punto de vista no se refería a otra cosa Epicuro cuando afirmó: "La muerte, pues, el más horrendo de los males, en nada nos pertenece; pues mientras nosotros vivimos, no ha venido ella; y cuando ha venido ella, ya no vivimos nosotros. Así, la muerte no es contra los vivos ni contra los muertos, pues en aquéllos todavía no está, y en éstos ya no está [...] Por lo cual el sabio no teme el no vivir, puesto que la

Cuando una palabra desaparece, por hacerlo junto a su comunidad de hablantes, no hay a quién le “haga falta”. Pero mientras la comunidad de hablantes existe sus palabras son, para ellos, eternas.

Vivir en el mundo de las palabras, asimismo, nos permite vivir en la ilusión de un universo estable y uniforme. Esto es así porque, a diferencia de las cosas (las cuales constantemente varían en su magnitud), las palabras no menguan. El vocablo “agua” es el mismo si tengo mil millones de metros cúbicos en mi pozo que si poseo tan sólo un litro. El vocablo “agua” no varía. Vivir en el mundo de las palabras nos permite no prever el agotamiento de nuestros recursos y vivir en esa ilusión... hasta que el destino nos alcance. Nuestras conductas ecocidas provienen, en buena medida, de vivir ciegos en el mundo de las palabras.

Mundo de las cosas	Mundo de las palabras
“mujer singular”	“mujer en general”
Cosas que cambian	Palabras “eternas” (mientras existen sus hablantes)
Recursos (<i>vgl.</i> agua) menguantes	Recursos sin límite y uniformes

Vivir en el mundo de las palabras conduce a que el medio ambiente del neoteno humano sea uno depredado por su incapacidad para mirar la mengua de las cosas, por interrumpir su capacidad de previsión y de pensamiento de largo plazo. Todo ello produce la denominada “tiranía transgeneracional” que tanto se ha agravado en el último siglo y que no es sino el nombre actual de eso que en la Grecia antigua se consideraba el grado máximo de locura: el asesinato de la propia descendencia.

Bastó sólo una centena de años para producir una enorme masa de seres humanos estupidizada por los *mass media*, dependiente de tecnologías que no comprende y pobremente utiliza, incapaz de producir los alimentos que consume y que, en

vida no le es anexa, ni tampoco lo tiene por cosa mala” (*Cfr.* Diógenes Laercio, 1985: 288).

nuestro país, sólo podemos importar gracias a los recursos petroleros. Una masa que, como puede apreciarse, es increíblemente vulnerable a las catástrofes ambientales y económicas.

¿Está todo perdido? No necesariamente. Todavía existen algunos que han logrado mantener vivo su deseo de saber, su deseo de investigar y es para ellos para quienes es fundamental el trabajo del tutor. Pues el fenómeno de que alguien desee investigar algo deriva de fuentes muy profundas, proviene del originario encuentro del hombre con la cosa, esa que "abre" su verdad.

LA VERDAD: IRUPCIÓN DE LA COSA

Algo es verdadero, nos enseña Heidegger, cuando abre, devela, revela, la naturaleza íntima de la cuestión. Desde este punto de vista lo verdadero ya no se aparta de la intuición o de la irrupción explosiva. Lo verdadero (*alétheia*) no es algo a ser explicado, no conoce argumentos ni razones. Irrumpe.

Y es en el arte donde siempre se conservó esta manera de entender la verdad: un cuadro no tiene explicación, tampoco un poema, pero en ellos la verdad se revela de manera abrupta y directa a aquellos que están dispuestos a enfrentarla.

Es de esta misma naturaleza la verdad que se presenta en la locura, como bien ha señalado J. Lacan (1984), verdad que no siempre es del orden de la belleza, a veces es del orden del horror. La angustia, esa experiencia extrema, revelación de la nada, del vacío de la existencia es, como ya dijimos, una de las formas de presentación de la verdad. El objeto de deseo de saber comparte la misma fuente. La experiencia de su encuentro no es sino otra de las manifestaciones de dicha verdad irruptiva, explosiva, horrorosa. Una investigación, en última instancia, pretende dar cuenta de enigmas, pretende escribir aquellos elementos que la humanidad aún no entiende de sí misma.

EL TUTOR COMO TRANSMISOR DE ENIGMAS⁸

El tutor puede ser un transmisor de enigmas. Desde ese punto de vista, el tutor es alguien que, por una parte, asume que sabe algo gracias a su dedicación, a su experiencia, a sus estudios y, por la otra, asume que no sabe todo, que posee enigmas, preguntas esenciales, y es eso lo que transmite a sus *discípulos*. Y aquí me permito diferenciar al “discípulo” del “alumno”. En la Grecia antigua el receptor de la enseñanza no sólo era nominado con el vocablo *mathetés* (alumno, seguidor de), vocablo proveniente del verbo *manthano* (aprender) (Meyer y Steinhil, 1993: 71) sino, entre otros, con el de *sinousiastés* (compañero, amigo, discípulo), del verbo *sineimi* (ser con, estar con, vivir con, estar unido a, ser del partido de, seguir a) (Pabon, 1978). El discípulo, en tanto *sinousiastés* era, en la Grecia clásica, el que compartía ser, existencia, esencia, con su maestro, el discípulo “compartía enigma” con su tutor. Discípulo es aquel que no sólo “asiste” a una situación de transmisión, sino que asume como propio el enigma transmitido por su tutor, sumándose, de esa manera, a la tradición que tal representa. Un discípulo no es, por tanto, un “seguidor fiel”, sino más bien un “hereje”, uno que interroga las fuentes de su maestro y puede, por ello, realizar aportaciones valiosas.

Desde mi punto de vista tal es el sentido de una educación que pretenda estimular la capacidad creativa del hombre. Sólo un tutor que se encuentra “en camino hacia [...]” puede ayudar a otros a encontrar la propia vía; “sólo un investigador puede estimular a otros a investigar”,⁹ sólo alguien “mordido”, es decir, “agarrado”, “seducido”, por una problemática puede invitar a otros a su campo de conocimiento, pues educar es seducir; educar es, en última instancia, una actividad erótica en el mejor sentido de la palabra (Peinado, 2005).

Como puede apreciarse, el tutor puede ser la pieza clave en el encuentro del sujeto con su objeto de deseo, sea como pieza

⁸ En este apartado retomo el aporte que el filósofo y psicoanalista Laurent Cornaz, profesor del *Institut Supérieur de Pédagogie* de París, nos presenta en *La escritura o lo trágico de la transmisión* y en *Avant d'être un homme*.

⁹ En este punto retomo, simplemente, la estafeta del estudio de Ricardo Sánchez Puentes, 1995.

de repetición que recuerde la fractura inicial, sea como acompañante o catalizador de la investigación del discípulo.

Veamos un ejemplo de ello en el caso de la formación del psicoanalista.

EL PAPEL DEL TUTOR EN EL PASO
DEL ANALIZANTE AL ANALISTA¹⁰

Hablemos ahora de un caso concreto, del de la formación de un analista y de la importancia de ese tutor denominado psicoanalista.

Al principio de la formación está la locura. Una locura insidiosa que muestra su horrible rostro a la primera oportunidad, generando infelicidad y el ferviente deseo de deshacerse de ella... o de negar su existencia proyectándola a los otros.¹¹ La primera opción genera un paciente, la segunda un "psi" (psicólogo, psiquiatra). Cuando el "psi" se detiene ahí, esa opción se convierte en terminal, es decir, enfermedad terminal. Y no hay cura, dado que no se establece espacio curativo. Las escuelas de psicología o psiquiatría no curan, no fueron diseñadas para tal fin.

En no pocas ocasiones, afortunadamente, el "psi" asume su locura y se suma a la primera opción, lo cual lo conduce a buscar un lugar donde "pasar a otra cosa"¹² respecto a su locura.

Y comienza una búsqueda que no es sin riesgos. Muchos candidatos sucumben en este paso. A veces la búsqueda de respuestas los hace encallar en la vía religiosa, encontrando un cura que los encamina a algún Dios y desplaza sus síntomas hacia esa psicosis lograda.¹³ En ella el sujeto, por fe, debe admitir la existencia no sólo de Dioses, sino incluso, de milagros y santos. Experiencia que lo obliga a ceremonias y ritos y que, llevada rigurosamente, dirige e infesta su vida toda.

¹⁰ Una versión previa de este apartado fue publicada en el capítulo 5 de mi libro *El discipulado en la formación del psicoanalista*, 2004.

¹¹ No por otra razón, considero, denominó Lacan al inconsciente el "discurso del Otro". Eso que peyorativamente denominamos "la gente", y a quien atribuimos deshonestidades y fallas, puede ser, pura y simplemente, una proyección nuestra.

¹² Así definió Allouch (1984: 9), gracias a la pregunta de un amigo, la "salud mental".

¹³ Según la definición una psicosis lograda es aquella que, a pesar de derivar de alucinaciones o delirios, es bien aceptada socialmente.

Otros candidatos encallan en los “psi” terminales, es decir, en psicólogos y psiquiatras inanalizados, los cuales, para rechazar su propia locura, la colocan en cada nuevo paciente, a quien ofrecen psicofármacos o una gran variedad de recetas psíquicas —consejos, programas de modificación conductual, experiencias renovadoras, etcétera— todo lo cual permite a los “terapeutas” continuar considerándose como modelos de salud. Ahí los candidatos se pierden en la droga o en la receta psíquica, colocando para siempre el saber sobre su locura en otro, estableciendo una dependencia sólo terminable con la muerte o con la huida, la cual, dicho sea de paso, ocurre con frecuencia dado que los “terapeutas” no soportan realmente la locura de sus pacientes. Cuando la transferencia enloquecida muestra el rostro, lo único que dichos “terapeutas” quieren es que el paciente desaparezca.

Algunos candidatos sucumben ante otras versiones de la dirección espiritual, desde la brujería hasta la hipnosis, las cuales, sin ser abiertamente religiosas, comparten el modelo epistémico anterior: el paciente no sabe, el terapeuta sí, y, a causa de ello, el paciente debe comportarse exactamente cómo el terapeuta indica. En dichas terapias, el “mal” proviene de otro que hay que expulsar y es el terapeuta el que sabe como hacerlo. El paciente queda reducido a “ignorante absoluto” y —dado que muchos humanos están acostumbrados a dicha posición (que les permite evadir la propia responsabilidad) debido, principalmente, a su paso por la escuela tradicional— la dependencia se hace infinita.

La ausencia de rigor y el anhelo de que la causa de la propia locura se encuentre fuera de sí mismo, constituyen un gran apoyo para las “opciones terapéuticas” anteriores, las cuales, simplemente, reproducen la esclavitud psíquica que, como ya se dijo, no es desagradable para el paciente pues le permite evadir su responsabilidad. El que sabe, el responsable, es el terapeuta, y el paciente, por tanto, sólo tiene que “dejarse llevar”... a la esclavitud psíquica. Sin embargo, cuando alguno rompe esas cadenas —o alguno por azar desde el principio— y se topa con ese tutor que constituye el terapeuta formado en la cura de su propia locura —es decir, uno que realizó hasta el fin el recorrido del analizante al analista, uno que por esa razón “calla en lugar de responder” soportando la transferencia y que,

por ende, lo obliga a responsabilizarse de su locura, uno que no se coloca en el lugar del saber dosificando psicofármacos y consejos y que tampoco se considera el representante de la “salud mental”—, entonces se inicia un recorrido donde la “neurosis común” deviene “neurosis de transferencia” (de la cual el analizante se cura al final del tratamiento).

No es extraño que en el curso de la cura psicoanalítica surja el deseo de convertirse en analista, de ser como el terapeuta. Pero tal deseo es, en el psicoanálisis efectivo, analizado como cualquier otro deseo —ser bombero o Príncipe de Gales— y en muchos casos el analizante se cura de él y lo desecha. En otros casos, lo que sostiene dicho deseo es mucho más profundo y vital, está sostenido desde el advenir, desde el destino.¹⁴ En tales casos, el entonces analizante, dado que realmente quiere saber sobre el psicoanálisis, se transforma en *discípulo*. A veces de Freud, otras de Klein, de Winnicott o de Lacan y de su propio tutor. Entonces su vida comienza a girar alrededor de su objetivo. No sólo devora todo material que, sobre su autor preferido, encuentra, sino que se inscribe a seminarios, grupos de estudio y *cartels* que le permiten ampliar su conocimiento, y en todo ello, el grado a obtener se encuentra en un segundo plano, pues su motor primordial no es obtener un blasón, un “reconocimiento con validez oficial” sino, simple y llanamente, su propio deseo. En dicho recorrido no tarda en darse cuenta de la existencia de obras fundamentales intraducibles, la *Traumdeutung* freudiana, los *Séminaires* de Lacan y ello lo obliga a incorporarse a los mundos que dichas lenguas abren.

Cuando alguien es “mordido” así por el psicoanálisis, su entorno pronto se da cuenta de ello y, un buen día, y a consecuencia de su notorio cambio subjetivo, alguien lo reconoce y le solicita análisis. Si ya ha avanzado suficientemente en su formación, no puede sino acceder y, como consecuencia de la aceptación de ese pedido, se convierte en analista. Puede ocurrir, sin embargo, que, a consecuencia de aún no haber terminado su análisis, y por efecto de una transferencia que hace de su analista o de la institución a la que pertenece, una especie de ídolo, el analizante se considere inapto todavía para realizar esa ta-

¹⁴ Ver lo que dice Heidegger al respecto en el §74 de *Ser y tiempo*.

rea. La respuesta es obviamente negativa en tales casos. En el otro, cuando se accedió a dicha solicitud, es por obra de dicha demanda que el analizante deviene analista, pues ese El [Lui] lo autorizó a ello.

Afortunadamente aún existen instituciones que reconocen ese tipo de formación, ese estilo de autorización del psicoanalista. Y fue Lacan, en tanto discípulo excluido y "excomulgado" quien pudo dar lugar a ello. No es por otra razón que es posible afirmar que sin la presencia de Lacan el psicoanálisis hubiese fenecido hace ya varias décadas a consecuencia del síntoma freudiano de exigir fidelidad absoluta a sus seguidores. Afortunadamente hubo *discípulos* que rechazaron tal deseo y renovaron la práctica psicoanalítica.

Como puede apreciarse, en el modelo de la formación del analista el papel del tutor es simplemente fundamental. Es el tutor el que vigila el rigor con el que el discípulo se aproxima a la verdad presente en su objeto. Es el tutor el que lo apoya y confronta, el que lo obliga a constreñirse a ese "único pensamiento" del que hablaba el epígrafe heideggeriano inicial. Y este modelo de formación, que es tan antiguo como las escuelas socráticas menores, es, desde mi punto de vista, la pieza clave de la formación no sólo de nuestros investigadores sino de sus futuros tutores.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLOUCH, J. (1984), *Lettre pour letter*, Tolosa, Eres.
- BOLK, L. (1926), *Das problem der Menschwerdung*, Jena, Gustav Fischer.
- CORNAZ, L. (1999), *La escritura o lo trágico de la transmisión*, México, Epeele.
- CORNAZ, L. (2000), *Avant d'être un homme*, París, L'Harmattan.
- DARWIN, Charles (1973), *El origen de las especies*, Buenos Aires, Albatros.
- DIÓGENES, Laercio (1985), *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, Barcelona, Teorema.
- DUFOUR, D. R. (1999), *Lettres sur la nature humaine a l'usage des survivants*, París, Calmann-Levy.
- FOUCAULT, M. (1984), *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI.

- FREIRE, P. (1980), *Pedagogía del oprimido*, México, Siglo XXI.
- FREUD, S. (1976), *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- GROSCHARD, A. (1981), *Ornicar? 1*, Petrel, Barcelona.
- HEIDEGGER, M. (1983), *Ser y tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- HEIDEGGER, M. (1986), *Desde l'experiencia del pensament (Aus den Erfahrung des Denkens)*, Barcelona, Península.
- JØRGENSEN, M. (1980), *Una escuela para la democracia*, Barcelona, Alertes.
- KOLLMANN, J. (1884), *Das ueberwintern von europaeischen Frosch- und Tritonlarven, und die Umwandlung des mexikanischen Axolot*, Ges, Basel.
- LACAN, J. (1984), *Escritos 1 y 2*, México, Siglo XXI.
- MEYER, T. y H. Steinhil (1993), *Vocabulario fundamental y constructivo del griego*, México, UNAM.
- NEILL, A. S. (1986), *Summerhill*, México, Siglo XXI.
- PABON S. de Urbina, J. M. (1978), *Diccionario griego-español*, Barcelona, Vox.
- PEINADO, V. (2005), "La falta de Eros", tesis de doctorado en Letras Clásicas, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.
- SÁNCHEZ PUENTES, R. (1995), *Enseñar o investigar. Una didáctica nueva de la investigación en ciencias sociales y humanidades*, México, ANUIES/UNAM.
- TAMAYO, L. (2004), *El discipulado en la formación del psicoanalista*, México, ICM/CIDHEM.